

## VIAJE AL ALMA ANCESTRAL Y MÁGICA DE UN PAIS MODERNO

### PARTE SEGUNDA: CAMINO DE LAS MONTAÑAS

(Relatos de un viaje al Japón)

Aquella mañana del 29 de octubre nos levantamos muy temprano para coger el famoso “tren bala” en la estación de Tokio. Allí nos encontramos un hervidero de gente moviéndose en todas direcciones. Un hormiguero de hiperactividad.



東海道・山陽新  
Tōkaidō, Sanyō Shin  
到着列車  
Arrival Inform

Train	Train No.	Time	Tracks	Arrival result
NOZOMI	268	8:11	15	Arrived
HIKARI	630	8:14	18	Arrived
KODAMA	812	8:17	14	Arrived
NOZOMI	200	8:23	17	
NOZOMI	202	8:26	16	
KODAMA	814	8:30	19	
HIKARI	632	8:42	17	
NOZOMI	66	8:51	19	
NOZOMI	68	8:57	16	
KODAMA	820	9:03	17	

ち下さい。小さいお子様をお運



Los paneles mostraban trenes con cadencias de pocos minutos que partían hacia diferentes puntos de Japón. Nuestro destino era la ciudad de Nagoya, una de las grandes ciudades del país, desde donde iríamos en busca de las montañas.

La estación era grande pero, entre nosotros, los andenes no eran nada del otro mundo para un tren tan famoso. El tren por dentro estaba muy bien, parecido a los europeos, y la red ferroviaria magnífica.



Ya habíamos recibido el aviso irónico de Yamada: había que viajar en un “silencio sepulcral” pues si no estábamos amenazados por “el cuchillo giratorio” represor de los japoneses “cortador de cabezas”.

Ya que íbamos al encuentro de las montañas, permítame el lector una licencia histórica sobre su significado y la importancia que tienen en el “alma japonesa”. Nos ayudará a entender el país.

Si miramos el mapa del archipiélago, nos damos cuenta de que alrededor del 75% del territorio está cubierto por montañas y bosques. Con tantas cumbres y cordilleras en el país, era inevitable que las montañas se consideraran como algo sagrado.

En la antigüedad del Japón surgió la creencia de que, después de la muerte, los espíritus de los difuntos subían a las montañas y se convertían en dioses (**kami**) en la cumbre. De esta manera se transformaban en divinidades del hogar (**ujigami**) que protegían a la familia.



Más tarde, el budismo se introdujo sobre estas creencias trayendo consigo la idea de la reencarnación y los seis niveles que los espíritus se encuentran después de la muerte. Para atravesar estos niveles hay que pasar por zonas rocosas y bosques hasta alcanzar finalmente el estado de buda (**hotoke**) en la cima de una montaña.

Y así, las montañas se convirtieron en moradas de dioses y budas, los lugares más elevados y sagrados que había. Todo en el Japón está envuelto en este halo fantástico de montañas como iremos descubriendo.

De camino, entre cabezada y cabezada, los más atentos consiguieron fotografiar el monte Fuji que aparecía con nieve entre la bruma matinal.

El monte Fuji ocupa un lugar especial en los corazones japoneses, y no solamente

debido a su belleza. Los japoneses guardan apego también a sus cualidades místicas y lo veneran como un lugar de oración. El Olimpo japonés, con las laderas plagadas de templos.

En Occidente tenemos la creencia de que todo el mundo de la naturaleza, incluidas las montañas, se encuentran bajo la potestad de Dios. Esto difiere de la concepción japonesa, en la que toda la naturaleza trasmite la presencia de deidades sintoístas y budistas y en la que las montañas son consideradas moradas de los espíritus.

La principal industria de Nagoya es el negocio de la automoción, ya que muchas empresas automotrices japonesas tienen sus bases en Nagoya, similar a la cantidad de fabricantes de automóviles de Estados Unidos que las tienen en Detroit. La marca de lujo Lexus, perteneciente a Toyota, tiene también su sede en Nagoya.

Una vez en Nagoya, tomamos camino hacia Takayama en el corazón del Japón, pasando por las villas de **Tsumago y Magome**.





Tsumago y Magome son preciosas villas montaÑesas llenas de flores y perfectamente conservadas con casas de madera oscura que recuerdan las antiguas casas rurales de los Alpes suizos. Existe una preciosa ruta de senderismo entre Tsumago y Magome que formaba parte de las rutas comerciales a pié con porteadores llamadas **Nakasendo** que tuvieron su éPoca gloriosa en el período Edo. Dimos un pequeño paseo por una de esas rutas y comprendimos lo dura que era la vida de esas gentes.



Cuando el Japón se modernizó en la éPoca de los emperadores Meiji vinieron las carreteras y los ferrocarriles y nuestros bellos pueblos fueron cayendo en el declive primero y luego el abandono y el olvido.

Pasado el tiempo vino afortunadamente la rehabilitación y la recuperación del pasado histórico. Se soterraron los cables de teléfono y de electricidad (que en el resto de Japón están siempre visibles), se prohibió el paso de vehículos motorizados por las calles principales y se restauraron edificios históricos y casas tradicionales.

Muchos de estos edificios albergan museos que muestran el pasado de los pueblos de la zona, talleres donde los artesanos podían trabajar y vender su artesanía, hostales tradicionales, tiendas de dulces y helado de castaña, y pequeños restaurantes especializados en fideos soba típicos de la zona. Comimos en uno de ellos.

Las calles principales de Magome y Tsumago evocan hoy el ambiente que tenían ambas estaciones de descanso durante el periodo Edo y toda la zona se ha convertido en un importante punto turístico. Andar por sus calles es como viajar al Japón del pasado, ¡toda una experiencia!

Llegamos a dormir en **Takayama**, una pequeña localidad de 83 mil habitantes en la prefectura de Gifu, ya cerca de los Alpes Japoneses y del mar del Japón. Es una región de pobre agricultura, pero con una artesanía en madera floreciente debido a su proximidad con grandes bosques. La ciudad es popularmente conocida como **Hida-Takayama** para diferenciarla de otras poblaciones con el mismo nombre en Japón. La terminación “yama”, significa en japonés montaña, como por ejemplo “Fujiyama” y otras.



Takayama tiene también preciosos templos y santuarios y un casco antiguo lleno de casas del periodo Edo cuya arquitectura apenas ha cambiado hasta nuestros días.

Nuestra visita comenzó por el Santuario de **Sakurayama** que se encuentra en el noreste de la ciudad, una típica muestra de santuario sintoísta japonés, del siglo V con restauraciones

durante el siglo XVII. Las restauraciones son muy frecuentes en los santuarios antiguos, es raro alguno que no haya sufrido incendios por causa humana o natural. La madera es el material más utilizado lo que los hace muy vulnerables.

El templo contiene instalaciones que ya hemos relatado en otras visitas: lugares para ofrendas, incienso y agua para purificarse. La particularidad más significativa es el espeso bosque que lo envuelve, un bosque de árboles y espíritus que lo contiene todo y protege a la ciudad.

El templo es además uno de los principales participantes en el festival de carrozas de otoño de la ciudad, que se celebra a comienzos de octubre.



El festival de Takayama es considerado uno de los más bonitos del Japón, se celebra en primavera el 14 de abril con la floración de los cerezos, con 12 carrozas y el 9 de octubre,



con los bosques teñidos de rojo y amarillo, con 11. Nos lo pedimos por poco. Las carrozas del festival se guardan en un museo próximo al templo que visitamos a continuación.

El festival comenzó hace 350 años como una simple celebración ceremonial y a medida que el lugar se convertía en un emporio de artesanos de la madera se fueron construyendo y enriqueciendo las carrozas. Algunas llevan marionetas con imágenes de dioses o personajes importantes vestidos con seda y brocados, y son accionadas por medio de hilos invisibles y varillas para darles vida.

Al escribir estos recuerdos intento imaginarme las carrozas cruzando el puente rojo sobre el río, o en la noche cubiertas de luces y farolillos que se reflejan en los cursos de agua creando un hermoso mundo de fantasía. Como un río que se desborda desde el templo hasta la ciudad.

El museo también contiene una colección completa de réplicas en miniatura de las construcciones y templetes del templo de Nikko, y corrobora la influencia del estilo barroco de las construcciones de Nikko como inspiración para toda la arquitectura del Japón.



Paseamos por las calles tranquilas del pueblo, cruzamos el puente rojo **Nakabashi** sobre el río **Miyagawa** y siguiendo las instrucciones del plano que nos facilitó Yamada nos

fuimos a comprar kimonos, sake y artesanía antes de ir a comprobar una recomendación que aparece en las guías de turismo y es que, de verdad, en Takayama se come muy bien.



La sorpresa del día llegó esa tarde cuando cogimos rumbo al pueblo de Shirakawa dentro de las montañas. **Shirakawa** o Shirakawago es una pequeña villa de unos 1.500 habitantes



perfectamente conservada con casas del estilo tradicional montaños que fue declarado patrimonio de la UNESCO en 1995.

Su posición cercana del mar del Japón hace que los fríos vientos continentales sean causa de grandes nevadas. El promedio anual de nevadas supera los 10 metros, con bancos de nieve de muchos metros de altura.

Para protegerse de las grandes nevadas los aldeanos construyeron casas con techos de paja muy gruesos llamadas estilo **gasshō-zukuri**.

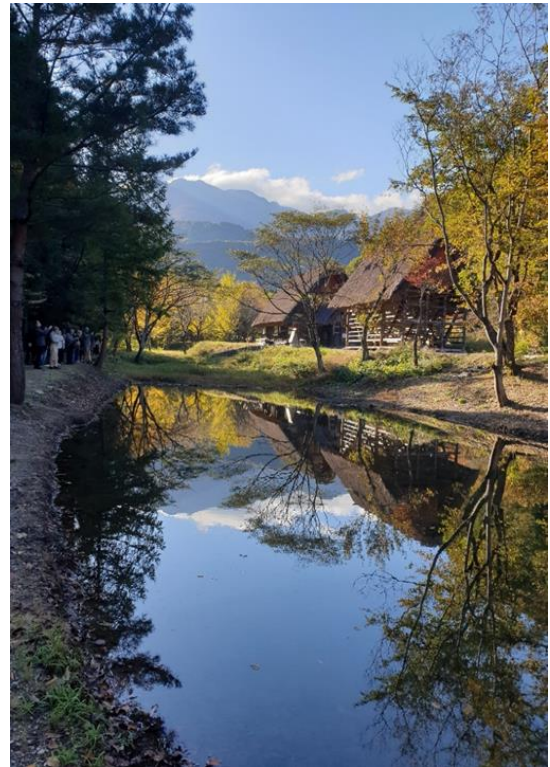
Al ver las fotos recuerdo la belleza otoñal indescriptible de las montañas con un bosque tan espeso que no es fácil de encontrar ni en las montañas navarras de Irati. El grupo más decidido subió al mirador y tuvo su recompensa pues la vista del pueblo al fondo del valle era magnífica.

Paseamos tranquilamente por la villa, cada vista era más hermosa que la anterior, cada casa diferente de las demás, todo cuidado con esmero. Delante de muchas de



ellas se veían pequeños sembrados de arroz. Todo al mejor estilo japonés, perfectamente cuidado y con hora de cierre a las 5.00 p.m.





A estas alturas del viaje ya nos habíamos entrenado en el manejo del traductor de Google que, en combinación con una estupenda red de datos, nos permitía empezar a descifrar algunos carteles.

En Japón todo está en los carteles y los hay por todas partes. El país tiene horror a un mundo sin instrucciones, así que todo está rotulado, el problema es que no entendíamos nada, pero con el traductor se nos empezó a abrir un mundo nuevo.

Aquel era un lugar poético y mágico para detenerse y extasiarse y la confirmación la tuvimos al traducir uno de aquellos carteles que contenía un precioso poema.

El poema es un poco largo, pero he intentado condensarlo recortándolo un poco. Más o menos dice:

***“Camino de la flor de cerezo de la mujer”***

Canción Gokuguchisan

Arreglo Hanayaku 1

*¿Es nostálgico el camino a mi ciudad natal mientras viajo por mis sueños?*

*Las nubes regresan a casa y quiero verte.*

*La primavera está destinada a ser corta y disiparse.*

*Puedo escuchar una canción para niños.*

*¡Ah, el camino de los recuerdos en flor de cerezo!*

*De Hida a Kaga, el cielo es rojo.*

*¿Por qué corremos hacia Gokayama?*

*Cruzando el puente del arco iris se encuentra Kanazawa, el Mar de Japón.*

*Incluso al final de nuestro viaje, el amanecer está a la vuelta de la esquina.*

*Una suave brisa recorre los campos en terrazas.*

*¡Ah, el camino de los cerezos en flor a medio florecer!*

Leyendo este poema nos sumergimos mejor en la manera de pensar tradicional del Japón. Todo importa y no importa nada, la vida es un sueño y el ser se desvanece tras la existencia para vivir en los montes o reencarnarse en una vida mejor.

Al terminar nuestros paseos y reconfortados con aquella magnífica tarde “llena de filosofías”, como dice el poema, cogimos el rumbo de Kanazawa para atravesar las montañas hacia el mar del Japón.



La ciudad de Kanazawa, está bordeada por los Alpes japoneses y cerca del mar, aunque, quizás por temas de seguridad de épocas pasadas, está un poco alejada de él.



Viajar a Kanazawa es adentrarse en uno de los lugares más interesantes de Japón, una ciudad de antiguas geishas y samuráis que, durante el periodo Edo o Tokugawa (entre el 1603 y el 1868), albergó al clan Maeda, una de las familias feudales más importantes de la época.

Situada a orillas del mar de Japón, en el corazón de la prefectura de Ishikawa, Kanazawa está perfectamente conectada a las grandes capitales del país. La estación es espectacular, con una gran estructura de madera que recuerda las construcciones tradicionales japonesas combinada con una estructura reticulada a base de tubos que en la noche llamaba aún más la atención



El mejor lugar para descubrir los productos de mar y tierra de esta zona de Japón es el famoso mercado de **Omi-cho**. Este lugar ha sido el centro esencial de la gastronomía de Kanazawa desde su fundación durante el periodo Edo, hace más de 300 años.

Es interesante conocer estos mercados para acercarnos a la dieta de los japoneses y su forma de comer en la calle.

El mercado cuenta con más de **170 puestos** en los que se pueden degustar ostras, pescado fresco y al vacío del mar de Japón, verduras típicas de Kaga, carne, setas, fruta y sushi y unos cangrejos tipo centollo con “patas más largas que las de un galgo”.

Cruzando el río Asanogawa, uno de los dos afluentes que atraviesan la ciudad, se llega al distrito de **Higashi Chaya**, el mayor de los tres distritos históricos de entretenimiento con geishas que perduran en Kanazawa.



En la cultura japonesa, las casas de geishas, llamadas **chaya**, eran lugares tradicionales de fiesta frecuentados por nobles y ricos comerciantes que disfrutaban de los bailes y las interpretaciones musicales de estas mujeres de las artes. Aún se conservan las estructuras originales de estas casas con dos plantas que en el período Edo solo eran permitidas para las geishas.

Las casas tienen un carácter íntimo y reservado, con una celosía o “**kimusuko**” en la parte exterior de la planta baja y sus habitaciones de estilo japonés.

Esta relación de los hombres de poder con mujeres cortesanas me parece tendría apariencia de superioridad masculina e instrumentalización del sexo opuesto. Pero en Japón está enraizado en su cultura y todavía sigue vigente.

Las casas, de madera, son preciosas, el barrio callado y tranquilo como los pasos discretos de estas mujeres y como lo fueron los nuestros al pasear por sus calles. Ha sido designado bien cultural de Japón, por su valor histórico y la perfecta conservación de sus edificios del

período Edo. Pero el tiempo pasa y, actualmente, muchas de las casas originales se han reconvertido en tiendas de artesanía, cafeterías elegantes o restaurantes en los que probar su gastronomía local.





De un barrio cargado de los tintes artísticos y poéticos de las tradiciones femeninas nos fuimos al de los terribles guerreros de ciegas lealtades situado en el distrito samurái de **Naga-Machi Buke Yashiki**.

Merece la pena detenerse un momento sobre la figura admirada y paradigmática de estos hombres que también nos dicen mucho de la mentalidad tradicional del Japón.

Además de dominar las artes militares, tenían que entrenarse en las disciplinas

intelectuales, la literatura y la historia. Y, sobre todo, **la lealtad**. Lealtad al señor inmediato y, a través de él, al emperador, cuya línea dinástica ininterrumpida desde los tiempos de los dioses era la prueba fehaciente de la supremacía de Japón sobre todas las naciones de la Tierra.



Este concepto de lealtad y sumisión “a prueba de bomba”, sin espíritu crítico y sin cuestionarse nada en relación con la orden recibida sigue indudablemente vivo en la mentalidad del país que estábamos conociendo.

Nada que ver con la filosofía crítica “ateniense”.

En la antigüedad, en este barrio de calles estrechas situado cerca del centro de Kanazawa residían los samuráis de rango alto y medio de la ciudad. El distrito tiene un valor

histórico especial, y sus edificios del periodo Edo

escaparon a los bombardeos que destruyeron otras ciudades japonesas, como Osaka o Tokio.

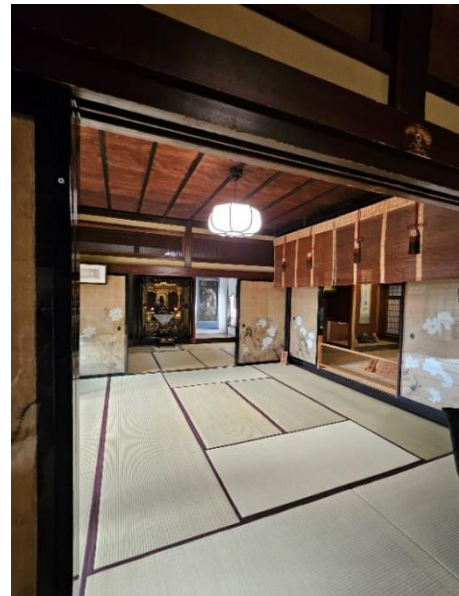
Los propietarios actuales de las casas han conservado perfectamente los edificios originales y todavía hoy, en invierno, cubren los muros de adobe con esteras de paja para protegerlos de la nieve.



Visitamos una de estas casas expuesta al público, la antigua vivienda del samurái **Nomura**, con un jardín

maravilloso y un alto grado de refinamiento. ¿Esto era la casa de un guerrero?

¡Qué evocadoras son las imágenes de la tarde y noche de aquel día!



Después de comer paseamos por el inmenso jardín **Kenrokuen** que está a los pies del castillo de Knazawa, con más de 11 hectáreas de extensión en las que la mano del hombre y los colores del otoño nos proporcionaban unas vistas difíciles de describir. Se considera uno de los tres jardines más hermosos del Japón.



Kenrokuen quiere decir “**jardín con seis elementos**”. Efectivamente, son seis los atributos que convergen en él: la antigüedad de los árboles que se retuercen y sostienen ayudados por la mano del hombre, la amplitud del entorno, la tranquilidad que se desprende de él, el artificio e ingenio de las formas modeladas, las fuentes del agua y las vistas maravillosas. Así lo establece en un tratado japonés de jardinería escrito por

el famoso poeta chino **Li Gefe**i.

Cada estación tiene en él sus colores y formas. No pudimos ver los cerezos de la primavera, ni las azaleas del verano, pero aquellos rojos y amarillos que presagiaban el final del ciclo anual los llevamos muy grabados en nuestras experiencias.

En invierno se puede contemplar el



paisaje de los **yukitsuris**, unas cuerdas ajustadas en tirantes cónicos que se instalan a partir del 1 de noviembre para proteger a los árboles del peso de la nieve.





Los jardines Kenrokuen datan del periodo Edo cuando formaban parte de los jardines exteriores del castillo de Kanazawa. Después de distintos cambios y



ampliaciones durante casi dos siglos, los jardines finalmente abrieron al público en 1874 tras finalizar este período.

Cerca del castillo y los jardines se encuentra el **Museo de Arte Contemporáneo del siglo XXI**, con una arquitectura muy vanguardista de diseño circular que ganó el premio de arquitectura de la 9ª edición de la Bienal de Venecia.

El museo fue fundado en 2004, diseñado y construido por la pareja de arquitectos de Tokio, **Sejima y Nishikawa** con el objetivo de crear una nueva cultura arquitectónica. La arquitectura del museo se basa en formas limpias y



puras, utilizando un lenguaje minimalista. Desde fuera, tiene forma cilíndrica con paredes de cristal que dejan ver algunos de los pasillos interiores, haciéndolo más llamativo y original.



El museo posee además cuatro jardines interiores y alberga principalmente obras de arte contemporáneo. Realmente lo que más nos gustó fueron los parques y la arquitectura del museo. Las obras que vimos en su interior no consiguieron entusiasmarnos.

Pero el día todavía nos reservaba la gran sorpresa al visitar el espectáculo de luces proyectadas en el enorme castillo de Kanazawa. No cabe duda que a los japoneses les gusta explorar en la noche la magia de una realidad que no se percibe durante el día.



Lo hemos visto desde que llegamos y lo veríamos más adelante en el viaje, el maravilloso mundo de las linternas de papel o piedra, el juego de las sombras y la luz, trasladado también a las ciudades modernas. Estamos muy distantes de todo esto. ¿Qué significado tiene para los japoneses?

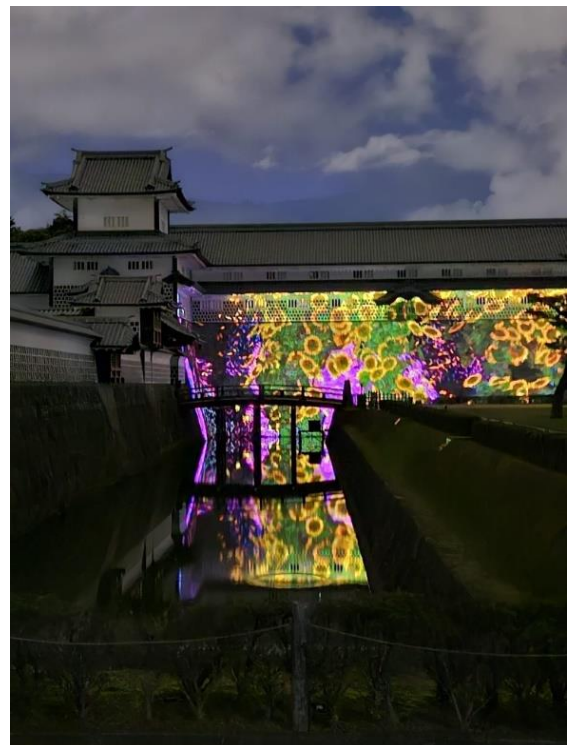
Tal como lo describe el escritor japonés **Junichiro Tanizaki** en el “Elogio de la Sombra”:

*«Creo que la belleza no es una sustancia en sí misma, sino nada más que un dibujo de sombras, un juego de claroscuros producido por la yuxtaposición de varias sustancias. Al igual que una piedra fosforescente que, colocada en la oscuridad, emite radiaciones, pierde toda su fascinación como joya preciosa cuando se expone a la luz del día, la belleza pierde su existencia si se eliminan los efectos de la sombra».*

Al llegar al castillo, sobre los taludes de sus inmensos muros se generaban proyecciones de flores y luces de color en una secuencia hermosísima que nos dejó con la boca abierta. Luego nos encaminaron por un recorrido interior, donde se iban proyectando imágenes sobre los muros de unos inmensos conejos saltando, y también zonas de árboles que cambiaban de color. Realmente un mundo de ensoñación magistral.

Al final del recorrido podías pintar sobre una cartulina un muñeco relativo a un personaje o un héroe japonés que luego aparecía en una secuencia proyectada en una pared. Como todos estos efectos tenían secuencia y movimiento, se apreciaban mejor cuando tomabas un video.

Sensación de silencio y de paz, de algo que flota en el aire. El recuerdo ancestral de las “luciérnagas sagradas” que dan luz en las noches. La palabra japonesa para luciérnaga es





«hotaru», y son insectos muy apreciados en la sociedad japonesa, porque han sido una metáfora del amor apasionado desde la antología poética **Man'you-shu**.

Los poetas y filósofos del budismo zen han notado durante siglos la similitud entre la luciérnaga, la luz fugaz y el concepto central del zen, la brevedad de la vida.

Para la filosofía zen, la luciérnaga es el símbolo perfecto de la fugacidad, interpretada



positivamente: su temporada es muy corta, solo se enciende en pleno verano y su luz siempre parece parpadear.

Las luces fugaces de la noche transportan al mundo fantástico y fascinante de las almas que han muerto. Ciertamente una conexión delicada entre nosotros y la eternidad.





Y con esta estupenda experiencia terminó nuestro día. Se acababa nuestro tiempo en las montañas, pero no en Japón.

A medida que iban pasando los días íbamos sintonizando con la forma de ser y sentir de los japoneses, las distancias mentales se acortaban.

Nuestro viaje seguía, y nuestros pasos se encaminaban ahora hacia Kioto, el corazón del Japón Imperial, la ciudad emblemática que había sobrevivido a la destrucción de la guerra. Pero, compañeros, esa será ya otra nueva historia.

***El Cronista Senior***